

*La he matado, la he matado.*

El inspector Cuadrado no podía creer lo que estaba viendo. Eran casi las seis de la mañana y aunque no hacía demasiado frío la humedad le llegaba a los huesos. Las calles estaban desiertas, sólo el camión de la basura campaba por ellas. Acababa de terminar un turno tranquilo en el que tuvo que hacer esfuerzos para no dormirse. Estaba muy cansado, tenía casi sesenta años y un cuerpo que nunca fue demasiado atlético, el cráneo totalmente desierto, sus ojos eran todavía más pequeños que antaño y su nariz se había afilado un poco más. Después de recoger las cosas de su mesa cogió su coche y se dirigió a su piso en las Casas de Peralta, dio la vuelta a varias manzanas buscando dónde aparcar su Opel Corsa. Cuando lo consiguió salió por la puerta del copiloto ya que la del conductor tenía rota la cerradura, giró la llave un cuarto de vuelta y cerró la puerta. Al darse la vuelta se dio de bruces con él, iba lleno de sangre, la americana, la camisa, las manos, la cara y en la frente una herida por la que todavía continuaba brotando un hilo de sangre.

*La he matado.*

Su aliento olía a alcohol. No lo miraba, su mirada extraviada no parecía fijarse en ningún punto, miraba al suelo o al infinito y gimoteaba a veces, hablaba casi a media voz y era muy difícil entender lo que decía. Se quedó parado frente a él cerrándole el paso, el inspector se puso a la defensiva esperando un ataque e instintivamente se palpó buscando el bulto tranquilizador de su pistola, pero aquel hombre no reaccionaba, no se movía. Era corpulento y entrado en carnes, debía pesar casi cien kilos, su cara sin afeitar y la alopecia prematura que sufría le creaban una imagen desasosegada pero, pese a la sangre que lo cubría no parecía peligroso, sus brazos colgaban paralelos al tronco y no llevaba ningún arma a la vista. Vestía un pantalón vaquero bastante desgastado, embarrado por la parte de abajo igual que los zapatos, una americana negra abierta y debajo de ella una camisa de cuadros marrones y blancos. El inspector intentó buscar una distancia de seguridad mas su espalda quedó contra el coche y no pudo alejarse, pensó que debía detenerlo, que tendría que pedir ayuda pero su posición contra la puerta le impedía entrar en el coche. Meterse la mano en el bolsillo para coger el teléfono o intentar coger la pistola no parecía una buena idea.

*¿A quién has matado?*

Al oír la pregunta desvió la mirada por un instante y clavó sus pupilas en las de su interlocutor, acto seguido volvió a dejar vagar sus ojos.

*¿A quién has matado?*

Esta vez ni tan siquiera lo miró. Le pondré las esposas, pensó, y moviéndose con sumo cuidado logró sacarlas del bolsillo trasero del pantalón, con un movimiento rápido le agarró por el antebrazo para cerrarle la esposa sobre la muñeca. No pudo. Aquel hombre era mucho más fuerte que él y no estaba dispuesto a dejarse mover a la fuerza. Lo intentó de nuevo con más suavidad y obtuvo la misma respuesta, la mole humana no colaboraba, era imposible levantar uno de aquellos poderosos brazos, de modo que había que pensar otra manera de terminar con aquella situación. Consideraba muy posible que hubiera matado a alguien, dado su aspecto, y lo lógico era detenerlo. Estaba poniéndose nervioso y notaba, pese al frío, como las gotas de sudor le caían por la espalda. Lentamente fue moviéndose para desbloquear la puerta y cuando lo consiguió la abrió con movimientos propios del Tai-Chi, intentando controlar el pánico que empezaba a atenazarle, después abrió la puerta todo lo que pudo.

*Vamos amigo, suba y me cuenta lo que ha pasado que aquí fuera hace un poco de frío.*

Su voz tampoco era muy convincente y el hombre no hizo el menor movimiento. Por un momento, ante la falta de respuesta el inspector pensó que estaba ante un sordo.

Si le empujaba podía ponerse violento y no sería capaz de reducirlo, carraspeo para conseguir una voz un poco más potente y lo intentó de nuevo acompañando con gestos a sus palabras.

*Por favor suba al coche e intentaré ayudarle*

Al colocarle la mano en la espalda notó como se tensaban todos sus músculos, tenía una explosión de ira pero optó por empujarle hacia el coche suavemente. Con pasos dubitativos se acercó y encogiéndose se metió dentro. El inspector respiró aliviado y cerró la puerta. Ahora le quedaba otro problema, la puerta del conductor estaba rota y no podía abrirse desde fuera. La cuestión era pedir refuerzos o intentar que aquel individuo le abriera la puerta desde dentro y llevarlo el mismo a la comisaría. Se tocó la gabardina buscando su teléfono móvil, cuando lo encontró llamó.

*Soy el inspector Cuadrado, necesito refuerzos tengo un detenido que hay que llevar a comisaría.*

*Lo siento inspector pero todas las unidades están atendiendo una reyerta que hay en Los Mateos, tendrá que esperar.*

El gesto del inspector se torció por la contrariedad, Los Mateos era un barrio marginal situado tras el barrio de pescadores de Santa Lucía. Los traficantes se habían instalado allí, armados y sin escrúpulos hacían sus negocios a la luz del día, todos los vecinos que pudieron se marcharon, los que no tuvieron suficientes recursos económicos soportaban las broncas y los disparos que sonaban con demasiada asiduidad.

*De acuerdo, intentaré llevarlo yo.*

¿Pero cómo? Tendría que convencerlo para que bajara del coche, después subir él y hacer que de nuevo entrara, eso era misión imposible. La idea de pasar por encima de él tampoco era digna de ser considerada, aunque era probable que no le importará dado su estado de autismo. Habría que trazar otro plan, buscar una manera de entrar sin que esto le supusiera ninguna molestia a aquella bestia dormida, quizás pudiera entrar por la puerta trasera, dada la indiferencia que mostraba el detenido no parecía que le fuera a atacar aprovechando las posiciones indefendibles que tendría que adoptar hasta llegar a su asiento. Abrió la puerta del maletero y empezó a desmontar la bandeja y a abatir los asientos. Podría limpiar el coche más a menudo pensó cuando hasta su nariz llegaron efluvios desagradables. Desde su posición le estaba costando más de lo previsto mover los asientos y enfrascado en la tarea se había olvidado de su acompañante. Aquel individuo se balanceaba repetidamente de atrás hacia delante sin mostrar ningún interés por el inspector que tras entrar por el maletero intentaba cerrar la puerta desde dentro, tras conseguirlo empezó a gatear hacia su lugar. Cuando llegó su cabeza frente al volante tuvo que cogerse las rodillas con las manos para conseguir doblarlas, demasiados años para estas estrecheces. Una vez sentado tuvo conciencia de que no le había advertido de sus derechos a aquel hombre y de que cuanto antes lo hiciera antes podría considerarlo técnicamente detenido, aunque sin identificarlo la detención podía considerarse ilegal y su abogado seguramente pondría un recurso de *habeas corpus*, si no tenía cuidado lo soltarían por detención ilegal. Aunque la realidad era que tampoco había conseguido esposarlo y que si decidía marcharse sería difícil retenerlo, como parecía que le acompañaba voluntariamente y el inspector nunca tuvo la necesidad de emplear la fuerza no había problema. Cuando llegara a comisaría lo identificaría y allí le leería sus derechos.

Ahora conduciría despacio para evitar tener un accidente grave si era atacado. La comisaría no estaba lejos, iría por la calle Trafalgar hasta la Alameda de San Antón, que tenía tres carriles y un paseo central, era más ancha que la calle Dieciocho y le ofrecía mayores escapatorias, luego, en la Plaza de España se desviaría por detrás de la gasolinera para dejar el coche en los aparcamientos y entrar a la comisaría por una de las puertas traseras. Se trataba de una ruta sencilla y no debía de haber ningún problema. No había

tráfico y los semáforos estaban parpadeantes con lo que el traslado no pasaría de tres o cuatro minutos. Cuando casi habían llegado sin pensar en nada volvió a preguntarle:

*¿A quién has matado?*

*A Laura.*

Y tras decirlo agachó nuevamente la cabeza y empezó a llorar